

---

# **cultura política: una visión antropológica**

**Iarissa Iomnitz**

---

Entendemos la cultura política como un lenguaje de comportamiento compuesto por la «gramática» (la «langue») y el «habla» (la «parole»). La gramática es el conjunto de categorías y reglas que representa la continuidad en la cultura, y el habla es su comportamiento lingüístico, el cual es por naturaleza variable. En este juego de continuidad y cambios, la gramática sería a la sociedad lo que el subconciente al individuo: una estructura profunda, no visible que se manifiesta en el comportamiento de sus integrantes.

Los cambios que se van dando en una sociedad (tecnológicos, económicos, políticos), deben enfrentarse a su estructura, y el resultado de la adecuación entre las fuerzas conservadoras y las del cambio va constituyendo su historia; los cambios son asimilados e interpretados por la continuidad de la cultura. Los grandes y bruscos cambios en la gramática cultural se dan en momentos cataclísmicos (conquista, guerras, etc.). De otra manera, los cambios son lentos; los eventos van actuando sobre la cultura en forma gradual. La gente actúa, absorbe y asimila los cambios a partir de la gramática cultural pre-existente. En ello consiste la dinámica de la continuidad y el cambio.

En este contexto, la cultura política vendría a ser la gramática de las relaciones de dominación/subordinación/cooperación; es decir, la gramática del control social: del poder y su forma de expresarse.

Mi propuesta es definir la cultura política sobre la base de: 1) la estructura de las redes sociales que tienen relación con el poder y 2) la del sistema simbólico que la legitima.

1) La estructura de las redes sociales depende de: la dirección en la que se dan los intercambios —redes horizontales y redes verticales—, lo que se intercambian, y la articulación que se da entre las redes. En toda sociedad se dan intercambios simétricos o asimétricos, que van conformando redes horizontales y verticales. Estas redes se van a su vez articulando entre sí, conformando el tejido social. El predominio de una sobre otras y su combinación dan el carácter a la cultura política (ej. autoritaria vs. igualitaria)

2) El sistema simbólico, por su parte, refuerza y legitima esa estructura de redes, e incluye manifestaciones tales como el discurso, los rituales políticos, el lenguaje, la arquitectura, los mitos de la cosmología política, los emblemas, el uso de tiempos y espacios, etc., elementos que a menudo son constitutivos de la ideología nacionalista.

Para ilustrar estas ideas abstractas, teóricas, veremos dos estudios de caso: Chile y México, que dan pie a un estudio comparativo consistente, ya que ambos países muestran una serie de variables comunes (la conquista de los españoles, la época colonial, el idioma y las instituciones introducidas por España) y, a la vez, difieren en sus cultura políticas nacionales y en la percepción de su identidad como pueblo.

## Algunas precisiones sobre redes sociales

El término de «redes sociales» fue acuñado en los años 1950 por la escuela manchesteriana de antropología (especialmente por Clyde Mitchell y P. Meyer,) en los estudios urbanos en África. Las redes sociales se definirían como campos sociales constituidos por relaciones entre personas (Barnes, 1954). Leinhardt habla del «social network paradigm» el cual operacionaliza la noción de estructura social representándola en términos de un sistema de relaciones sociales que articulan a diferentes entidades sociales. Es decir, se refiere a qué tipo de relaciones se dan entre un par de entidades (individuos o grupos).

Los campos o redes son construcciones abstractas que el investigador define de acuerdo al criterio que le interese; es decir, estas relaciones se determinan por algún criterio subyacente, lo que permite identificar estructuras sociales que generalmente no están formalmente definidas por la sociedad y que de otra forma no serían identificables. Lo que interesa al cientista social es la forma en que las relaciones «están ordenadas, cómo la conducta de los individuos depende de su ubicación en este ordenamiento y de qué manera influyen los propios individuos en los ordenamientos.

Así, se puede hacer un diagrama de las relaciones en las cuales se dan intercambios de bienes y servicios o de comunicación entre individuos, tales como intercambios de favores burocráticos, de préstamos materiales o de información. Los intercambios pueden ser de tres tipos: a) intercambios recíprocos (entre individuos con recursos

y carencias similares que se dan dentro de un contexto de sociabilidad o «confianza»), b) de tipo redistributivo (o patrón/cliente; es decir, entre individuos de diferentes jerarquías con recursos desiguales, siendo éstas típicamente relaciones de poder inmersas en relaciones personales y en las cuales se intercambia lealtad por protección), y c) intercambios de mercado, en el que la circulación de bienes y servicios se hace a través del mercado y sus leyes (Polanyi 1957: 234-269). La reciprocidad y la redistribución representan formas de intercambio informales, social y culturalmente normadas y se remontan a los orígenes de las sociedades humanas. Estas relaciones y sus formas de intercambio varían de cultura en cultura, tanto en la definición de quiénes son los partners en el intercambio, como en lo que es susceptible de ser intercambiado y en las formas socialmente aceptadas de hacerlo; hay, pues, una estructura social al interior de la cual se dan estos intercambios (las redes sociales verticales u horizontales), los objetos de intercambio (materiales y morales) y un sistema simbólico que refuerza la estructura de la red y la de la sociedad en que ésta se desenvuelve.

En sociedades complejas (México o Chile) el individuo debe manejar los tres tipos de intercambio (reciprocidad, redistribución y mercado); ello implica que participa simultáneamente de los tres tipos de relaciones sociales: una relación de confianza, una de jerarquía y una de clase (ver Lomnitz, libros de 1975, 1987, 1988 y 1991). Así, lo económico, lo político y lo sociocultural son tres dominios que se van enhebrando en la vida del individuo y su trama va conformando la realidad macrosocial (Radcliff-Brown, 1952, y para la relación entre redes verticales y poder, ver Blau, 1964). Cada tipo de intercambio tiene sus reglas que el individuo aprende a manejar y —cuando son contradictorias—, a conciliar entre sí para cada situación determinada. Ese proceso es rico en lenguaje simbólico, por lo tanto la habilidad para manejar símbolos a su vez constituye un recurso.

Los recursos que se intercambian determinan y originan estructuras sociales características: por ej., observamos en México sectores estructurados verticalmente, cruzados por redes horizontales. El capital y el poder se expresan mediante estructuras visibles que concentran a su alrededor a grupos de individuos que se ordenan jerárquicamente según el nivel de recursos a que tienen acceso. A través de esas jerarquías se van conformando patrones de lealtad, estilos de vida, ideologías y subculturas. A estas estructuras se van integrando redes horizontales de intercambio recíproco que aligeran la presión de las relaciones jerárquicas y le otorgan flexibilidad. Las estructuras o redes que se van conformando a niveles personales tienden a expresarse finalmente en el sistema político nacional: las redes horizontales, si son las dominantes, cristalizarán en partidos políticos de corte horizontal con liderazgos de cierto tipo, y las verticales, a su vez, generarán un tipo diferente de sociedad: por ejemplo, México es un estado con un sistema corporativo, vertical, autoritario y muy presidencialista (una sociedad jerárquica afín a una sociedad de castas, en la cual la familia patriarcal, tri-generacional, ejerce el control sobre sus miembros); Chile es un país multipartidista, a cuyo interior se dan cohortes o grupos horizontales

de amigos (que informalmente ejercen un cierto control entre sus miembros y que van creando las fronteras invisibles que los separan de los demás), con liderazgos condicionados, que producen —si bien un sistema presidencialista fuerte, también basado en una legitimidad casi fanática—, a la vez faccionalismos y un sistema con un parlamento fuerte; el sistema entero depende de negociaciones horizontales permanentes. Es una sociedad de clases (horizontales). Para mí, el modelo básico en la constitución de cada sociedad, sería el dado por las instituciones primarias —base de su sociabilidad y del control social— y son ellas las que darían el carácter a su cultura política; en el caso de México, la familia patriarcal autoritaria y vertical, vs. el grupo de amigos en Chile. Si se trata de un estado-nación, sería su grupo sociocultural dominante el que implantaría su sello sobre las instituciones nacionales.

En fin, es esto lo que llamamos una gramática social o cultura: las categorías sociales, las reglas con que se usan y la habilidad que cada cual tiene para comportarse dentro de ellas: la gramática y el habla, las estructuras primarias que resultan de ellas, y las organizaciones políticas en las que se cristalizan y a través de las cuales se obtiene acceso y se ejerce el poder, es lo que da su carácter a la cultura nacional. Y por supuesto, en toda sociedad se dan relaciones verticales y horizontales; lo que daría su especificidad a cada una es la mezcla y combinación de ambas, y la importancia relativa de cada tipo de estructura: donde predomina la verticalidad tendríamos sistemas autoritarios, y donde predomina la horizontalidad en las relaciones de poder, sistemas democráticos.

## México: relaciones verticales y horizontales

En un trabajo anterior (Lomnitz, 1982) se propuso un modelo de la estructura de poder en México en términos de tres variables: a) la dirección del intercambio (vertical/horizontal), b) el tipo de recursos intercambiados (capital, poder, información, trabajo, lealtad) y c) forma de articulación a las fuentes de recursos dominantes (formal/informal). En México, los individuos están situados formalmente en «sectores» (Sector Público, Sector Privado, Sector Laboral), según el tipo de recursos que manejan o poseen. A su interior, estos sectores están organizados verticalmente como una estructura que se ramifica hacia abajo y concentra el poder en las cúspides. En cada articulación existe un intermediario que recibe recursos desde arriba, los distribuye a niveles inferiores a cambio de otros recursos tales como trabajo y lealtad. Al mismo tiempo, cada individuo posee una red horizontal de relaciones igualitarias (familia, amigos) entre los cuales se dan intercambios recíprocos cuya naturaleza se determina por el nivel de confianza. La red horizontal representa, pues, un recurso social que el individuo puede movilizar para incrementar su parte de negociación en la estructura.

Dentro de este modelo bastante general es posible analizar diferentes

variantes de cultura política. Así por ej., nuestros estudios de organizaciones formales e informales en México indicaron un predominio de los intercambios verticales sobre los horizontales (aunque también se dan los segundos). Ello tiende a impartir al sistema cultural un carácter autoritario. La cultura mexicana genera líderes en todos los niveles, y éstos son los articuladores del sistema, los que controlan a sus grupos y obtienen su lealtad a cambio de repartir recursos y seguridad, recursos que obtienen a su vez sus propios patrones.

### Chile: relaciones horizontales y verticales

Un modelo similar al aplicado a México se podría aplicar a Chile. Nuestros estudios preliminares realizados en la clase media (Lomnitz, 1971) sugieren que en la cultura política chilena existe un predominio de las relaciones horizontales sobre las verticales al interior de las clases sociales y que esto se refleja en sus organizaciones políticas. Es decir, que si bien existe una red generalizada de intercambios recíprocos entre miembros de la misma clase, se van concentrando redes más estrechas que eventualmente dan origen a su formalización en partidos políticos al interior de los cuales se dan intercambios de favores y comunicación, lealtades y recursos, dependientes del acceso que el partido tenga al poder estatal (Valenzuela, 1977). A su vez, al interior de los partidos y a medida que estos crecen, se van dando cohortes o redes de amigos generacionales, cuya estructura interna es igualitaria, altamente emocional (generalmente comienzan estas redes a aparecer entre jóvenes adolescentes, en las Juventudes de los partidos). Al interior de estas redes igualitarias basadas en la amistad —que por definición se dan entre iguales—, van surgiendo los líderes «naturales», una de cuyas características es su necesidad permanente y su capacidad de mantener su legitimidad al interior del grupo. Podríamos decir que *si bien en México el líder crea el grupo, en Chile el grupo elige y crea al líder*. Algunos de estos líderes van trascendiendo la red primaria, entrando a otros niveles jerárquicos dentro del partido, hasta llegar a los liderazgos más altos del mismo, siempre debiendo probarse como líderes y recibir la aceptación de las bases. Cuando esto no sucede, se producen fisuras, el surgimiento de facciones y eventualmente la separación de grupos que conforman nuevos partidos. Como resultado tenemos un *faccionalismo* típico de la cultura política chilena.

El notorio predominio de las relaciones horizontales basadas en la *confianza*, implicaría la posibilidad de que el acceso al poder se viera facilitado por estructuras más semejantes a redes horizontales que a jerarquías verticales. Sin embargo, ningún sistema social complejo puede prescindir de estas últimas. Los líderes resultan indispensables, y ello plantea para Chile una situación más difícil de resolver que en México, donde la horizontalidad es funcional, complementa y sostiene las jerarquías verticales. En Chile, en cambio, la jerarquía o liderazgo sería un elemento contradictorio con el ideal de horizontalidad y con

el crecimiento de los partidos. Estas contradicciones se resuelven —a nivel del grupo— poniendo en juego mecanismos sui géneris de la cultura política chilena, tales como la mofa burlesca (la «talla») al líder que intenta sobresalir o se muestra poco modesto, o directamente el tirarlo hacia abajo (el «chaqueteo», el sacarlo de su función con malas artes (el «aserruchamiento de piso»), etc. Al mismo tiempo, se postula la necesidad de que los líderes sean y se muestren modestos, austeros, dedicados al bien común, apegados a la legalidad y sobre todo que no abusen del poder. A otro nivel, si un líder llega a consolidar su poder personal al grado de construir su propia jerarquía vertical, el sistema tendería a erosionar su poder, ya sea provocando su derrota en las siguientes elecciones, o por la vía de la separación de grupos y la fundación de partidos disidentes, dando paso al faccionalismo. Cuando estos recursos no han sido efectivos, el sistema ha entrado en crisis, y en ocasiones, han aparecido soluciones autoritarias, que inevitablemente se basan en la coerción física. La naturaleza de la cultura política chilena hace necesario el respeto a la horizontalidad y a la verticalidad aceptada consensualmente y legal. En México en cambio, el predominio de la verticalidad tiende a concentrar el poder en los niveles más altos de la sociedad o directamente en el presidente y a consolidar todas las fuerzas políticas en un solo gran partido, compuesto por sectores muy disímiles que negocian entre sí al interior del mismo; este autoritarismo tiene base en su cultura política; su estructura de redes y el sistema simbólico que la sostiene, por lo que puede ejercerse sin apoyarse en la fuerza física. A diferencia de México, en Chile el monopolio del poder en un solo partido o individuo rompería la paz social basada en el sistema multipartidista de negociaciones y alianzas (Miriam Zemelman, comunicación oral, 1991).

Así, si en México la horizontalidad complementa y sostiene jerarquías verticales, en Chile la jerarquía (o liderazgo) sería un elemento conflictivo para el crecimiento de grupos horizontales (los partidos). El resultado de esta dinámica sería el *faccionalismo*, como mecanismo que limita el crecimiento de las estructuras jerárquicas e impide la consolidación de un liderato personalista, excepto el liderazgo legítimo y sujeto a crítica del presidente de la república. Las facciones resultantes generalmente están integradas por un número pequeño de personas, que representan un grupo de amigos pertenecientes a las capas dirigentes del partido (incluyendo los jóvenes; a menudo este faccionalismo expresa un conflicto generacional). Algunas veces, estas facciones crecen hasta convertirse en partidos de significación con un gran número de seguidores; tal es el caso del partido Radical (desgajado del P. Liberal) y del partido Demócratacristiano (salido del tronco conservador). Pero en la mayoría de los casos, estas facciones terminan uniéndose o aliándose con otros partidos, o se mantienen en el tiempo sin mayor significación o bien desaparecen. (Ver por ej., Moulian T. y Torres Dujisin, Y., 1993; Edwards, A. y Frei M. E., 1949; Vial Correa, G., 1981).

Si bien el *faccionalismo* cumple un papel funcional al sistema de horizontalidades, impidiendo que los líderes acumulen poder excesivo o que algún partido logre una hegemonía política que le permita

governar sin negociar, su exceso conduce a, o es expresión de, una crisis social y económica. En algunos ejemplos históricos, el autoritarismo ha surgido de una situación tal (Ibáñez, Pinochet). Es decir, el exceso de *faccionalismo* pulveriza el sistema, cuyo equilibrio descansa en la existencia de dos o tres partidos básicos, que encarnen las grandes corrientes en que se divide la sociedad chilena, dependientes de la clase que representa y/o de su postura frente a la religión. Estos partidos, en tanto representantes de una de las grandes corrientes, son los que permanecen —con uno u otro nombre— haciendo que en Chile haya partidos de derecha, centro e izquierda, y a la vez, laicos y católicos. ¿Cómo se da esta persistencia?

Así como entre los grupos étnicos pertenecientes a una misma nación, esta persistencia se da por una mezcla de redes sociales compuestas por individuos que ocupan un mismo nicho económico, y/o comparten una subcultura común; en el caso del sistema político, los partidos representan conjuntos de redes sociales de individuos que ocupan determinados nichos económicos y sociales, que van desarrollando formas de vida comunes que giran y se consolidan a través de compartir una misma ideología política. Al igual que las etnias constitutivas de una nación, van creando fronteras simbólicas que los distinguen de los otros, que los hacen sentirse diferentes de los otros: lo que Barth define como «we-ness», y que se expresan no solamente en las ideologías políticas, sino también en preferencias de estilos de vida, manera de entretenerse, colegios y universidades adonde se envían los hijos, ocupaciones, etc. En otras palabras, los partidos políticos representan subculturas, que se caracterizan por su persistencia.

Es necesario subrayar que el hecho de destacar el predominio en Chile de la horizontalidad sobre la verticalidad no implica en absoluto un juicio de valor y, sobre todo, hay que aclarar que horizontalidad no equivale a igualitarismo, ya que los partidos políticos se organizan sobre las bases clasistas, quedando sus diferencias de clase perfectamente marcadas en el tejido social del país. De lo que aquí se trata es de un modelo, susceptible de ser aplicado para explicar y comprender la cultura política de una sociedad. Su origen y la persistencia de su «gramática». En México, de la estructura primaria (la gran familia patriarcal) y de las pequeñas redes verticales de patrón/cliente articuladas verticalmente entre sí, se cristaliza un sistema político corporativo y presidencial. En Chile, a partir de las redes horizontales de grupos de amigos, se van aglomerando los partidos políticos, que dan por resultado una sociedad de clase, jerarquizada, aunque no autoritaria. En Chile lo que vemos a nivel macro es una sociedad horizontalmente organizada, pero estratificada (aunque no impermeable), que parte de las subculturas de que he hablado. En suma, la base de estas subculturas es la clase social pero la clase social definida por una mezcla de variables que incluyen no sólo la posición del individuo en la economía sino también las redes sociales que la componen, la cuestión religiosa y sus estilos de vida. Todo lo cual es muy notorio —por ej. el modo de hablar—, y por lo tanto resulta muy marcante de la sociedad chilena.

Por otra parte, en un sistema como éste, caracterizado por contener fuertes subculturas políticas, es muy importante garantizar la convivencia, lo cual requiere la aceptación de un marco reglamentario común: la legalidad. El respeto a esta legalidad, expresada en la constitución, es lo que *legitima* el sistema y la autoridad presidencial. Este aspecto de la cultura chilena ha estado presente desde sus inicios, y es uno de sus rasgos, quizás el más notorio.

La cultura política se configura entonces como una gramática de relaciones de dominación/subordinación y de cooperación entre los miembros de una sociedad dada. Esta gramática constituiría la base persistente que cambia muy lentamente, pero cuya expresión va variando como consecuencia de los cambios que se van dando en distintos momentos históricos, aunque siempre dentro de lo que es la estructura básica. Mi propuesta es que esta gramática puede estudiarse a través del análisis de las redes sociales (horizontales y verticales) características de la estructura de poder (y que se configuran muy tempranamente en la historia de una sociedad), y del sistema simbólico que las apoya.

Ahora bien, cuando un estado ha unido a grupos étnicos diferentes y a clases sociales muy diferenciadas entre sí o a regiones que han ido adquiriendo características culturales muy diversas, son las clases étnicas dominantes las que establecen la cultura política a nivel nacional (aunque sus partes constitutivas sigan manteniendo sus propias culturas políticas). Dependiendo del grado de heterogeneidad de los grupos constitutivos y del periodo histórico en el que se conforma un estado-nación, se requerirá que su centro haga un mayor o menor uso de fuerza, y posteriormente, de una ideología nacionalista (basada en una construcción simbólica), que sirva como cemento para hacer que los distintos grupos acepten y se sientan parte de un todo. Los casos de México y Chile muestran cómo en el primero, y para acelerar el proceso de modernización industrial, la ideología nacionalista ha sido usada en forma mucho más acentuada que en el caso de Chile, donde la formación de una identidad nacional ocurrió mucho antes y en un espacio más pequeño y homogéneo que en México.

Una pregunta interesante que surge en esta comparación entre México y Chile es cómo se originan y desarrollan culturas políticas tan disímiles en circunstancias que ambos países han compartido orígenes históricos relativamente similares. Sugiero que la clave está en la naturaleza del contacto entre los españoles e indios al momento de la conquista: si bien en ambos casos los españoles conquistaron a las poblaciones nativas, las características geográficas y las riquezas naturales de los dos países eran muy diferentes; y por ende también lo fue el relativo interés que la corona tuvo en cada uno de ellos, así como la fuerza de la conquista y de la consiguiente colonización. También fue determinante la cultura política de los grupos conquistados y las características específicas del grupo conquistador. En México ya se habían producido civilizaciones de corte jerárquico (redes verticales), ya había una nación dominante (la Azteca), muy verticalmente estructurada; éstas se encontraron con el hecho de que el nuevo imperio (el español), también verticalmente organizado con la corona en la cúspide, instauró en México un poder



concentrado en el Virreinato de la Nueva España. Este sincretismo produjo lo que podríamos llamar un «matrimonio entre ricos».

Chile, conocido como «el cementerio de españoles» por lo aguerrido de los araucanos, con pocas riquezas minerales y por tanto de relativo poco interés para la corona y para los propios conquistadores, más las características del grupo conquistador (una pequeña banda de disidentes del ejército de Pizarro con poco apoyo del poder central) produjo muy desde el principio lo que podríamos llamar un «matrimonio entre pobres»; otra diferencia es que —al contrario que los pueblos autóctonos de México— los araucanos tenían una estructura de poder totalmente horizontal. Una vez surgida esa primera cultura política (conjunto de relaciones de dominación/subordinación/cooperación), aun la imposición de las mismas instituciones españolas fue consistentemente reproducida por esa cultura original. La historia de cada país es entonces esa combinación entre eventos e introducción de cambios y la interpretación que de ellos hace la cultura establecida. Por otra parte, a través de los cambios políticos, económicos, tecnológicos y sociales, la cultura —aunque más lentamente— también va sufriendo modificaciones. Cuando por razones de crisis hay una modificación drástica de la cultura política (por ej. la dictadura del general Pinochet, o periodos de revueltas horizontalistas en México), ésta se percibe como anormal y se tiende a regresar a un equilibrio, vale decir, a lo que es la «naturaleza» de la cultura política. Después de la revolución mexicana, en la que hubo un intento de reorganizar la sociedad en forma más igualitaria, se volvió a estructurar un sistema político vertical, aunque los sectores que pasaron a detentar el poder fueron otros: la clase media, con el apoyo de las clases trabajadoras; el largo conflicto cristalizó finalmente en un sistema corporativista, esencialmente unipartidista, autoritario y fuertemente presidencialista. En Chile, el surgimiento de estas mismas clases medias también produjo periodos de crisis que desembocaron en autoritarismo, pero terminó en el surgimiento de nuevos partidos, solución perfectamente adaptada a la cultura horizontalista de clases y de partidos que se había desarrollado desde el siglo anterior. Ambos fenómenos, que se dieron casi en la misma época y como resultado del mismo tipo de desarrollo económico, produjeron muy diferentes resultados, y ambos consistentes con la gramática respectiva.

## Bibliografía

- |   |  |
|---|--|
| ALMOND, GABRIEL<br>1990 «The Study of Political Culture». En A Discipline Divided. Ed. G. Almond. London. | ARMSTRONG, JOHN A.<br>1982 Nations Before Nationalism. Chapel Hill. University of Caroline Press.  |
| ALMOND, G. y VERBA, S.<br>1963 The Civic Society. Princeton: Princeton University Press.                  | BARNES, J. A.<br>1954 «Class Committes in a Norweingian Island Parish». Human Relations (7) 39-58. |
| ANDERSON, BENEDICT<br>1983 The Imagined Community. London: Verso.   | BARTH, FREDRICK<br>1969 Ethnic Groups and Boundaries (Introduction). London: Allen and Unwin.      |

- BLAU, PETER  
1964 *Exchange and Social Power in Social Life*. N.Y.: John Wiley and Sons.
- BOCK, PHILLIP  
1977 *Introducción a la moderna antropología cultural*. México: Fondo de Cultura Económica.
- DA MATTA, R.  
1991 *Carnivals, Rogues and Heroes*. Notre Dame. University of Notre Dame Press.
- DITTMER, LOWELL  
1977 «Political Culture and Political Symbolism». *World Politics* (30) pp: 552-583.
- EDWARDS, ALBERTO  
1982 *La Fronda Aristocrática* (8a. edición). Santiago: Editorial Universitaria (1a. 1928).
- EDWARDS, A. y FREI M., EDUARDO  
1949 *Historia de los Partidos Políticos Chilenos*. Santiago: Ed. del Pacífico S.A.
- ENCINA, FRANCISCO  
1943 *Historia de Chile, Tomo I*. Santiago: Editorial Nascimento.
- FREEMAN, LINTON C.  
1989 «Social Networks and the Structure Experiment» en *Research Methods in Social Network Analysis*. Freeman, L.C., White, D.R. Romney, K., pp: 11-41. Fairfax, VA. George Mason University Press.
- FOX, RICHARD  
1989 *Nationalist Ideologies and the Production of National Cultures* (ed.) (Introduction) Washington: American Ethnological Society. Monograph Series.
- GEERTZ, CLIFFORD  
1973 *The Interpretation of Cultures*. N.Y.: Basic Books.
- GELNER, E.  
1983 *Nations and Nationalism*. London: University of Cornell Press.
- GÓNGORA, MARIO  
1981 *Ensayo histórico sobre la noción de estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago: Ed. La Ciudad.
- HERZFELD, MICHAEL  
1982 *Ours Once More*. Austin: Univ. of Texas Press.
- KAPFERER, BRUCE  
1988 *Legends of People, Myths of State*. Washington, D.C.: Smithsonian.
- KOHN, HANS  
1948 *The Idea of Nationalism*. N.Y.: MacMillan.
- LEINHARDT, SAMUEL  
1977 *Social Networks: A developing Paradigm*. N.Y.: Academic Press.
- LOMNITZ, LARISSA y MELNICK, A.  
1975 *Cómo sobreviven los marginados*. México D.F.: Ed. Siglo XXI.
- 1991 *Chile's Middle Class*. Boulder, Colorado Lynne Rienner Pub.
- 1988 y Meyer, L. *La nueva clase*. México, D.F.: UNAM.
- 1987 y Pérez Lizaur, M. *An Elite Family of México*. Princeton: Princeton University Press.
- LOMNITZ-ADLER, CLAUDIO  
1992 *The Exit From the Labyrinth*. Los Angeles: University of California Press.
- MEYER, P.  
1962 *Migrancy and the Study of Africans in Town*. *American Anthropologist* (64): 576-592.
- MITCHELL, CLYDE  
1969 *Social Networks in Urban Situations*. Manchester: Manchester University Press.
- MOULIAN, T. y TORRES DUJISIN, ISABEL  
1993 *Discusión entre honorables*. Santiago: FLACSO.
- POLANYI, KARL  
1957 *Trade Market and Early Empires*. N.Y.: Free Press.

PYE, LUCIAN

1968 «Political Culture». International  
Encyclopedia of the Social  
Sciences XII: 218-25.

RADCLIFF-BROWN, A. R.

1952 Structure and Function in  
Primitive Society. London:  
Cohen and West.

VALENZUELA, ARTURO

1977 Political Brokers in Chile: Local  
Government in a Centralized  
Polity. Durham, N.C. Duke Univ.  
Press.

VIAL CORREA G.

1981 Historia de Chile (1891-1973).  
Santiago: Ed. Santillano, Vol.  
I, Tomo I.